

Luciano de Samósata

Diálogos de los dioses
Diálogos de los muertos
Diálogos marinos
Diálogos de las cortesanas

Traducción, introducción y notas
de Juan Zaragoza Botella



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1987

Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Herederos de Juan Zaragoza Botella

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2005, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-152-7

Depósito legal: M. 12.311-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Juan Zaragoza Botella
- 39 Bibliografía

- 41 Diálogos de los dioses
- 101 Diálogos de los muertos
- 177 Diálogos marinos
- 205 Diálogos de las cortesanas

Introducción

La época de Luciano

El siglo II es para los historiadores la época del esplendor romano. Trajano ha asegurado las fronteras del Imperio. Ha puesto en orden su administración. Es un hombre que se complace en juzgar por sí mismo, y los delatores, plaga de tiempos anteriores, son expulsados o vigilados estrechamente. Los presupuestos están equilibrados y son perseguidos los gobernadores de provincia acusados de malversación. Este Imperio ordenado se va a mantener durante la época de Adriano, pero pronto los gastos de nuevas guerras van a desequilibrar de nuevo los presupuestos. Marco Aurelio tuvo que vender en pública subasta los adornos imperiales, las copas de oro, los vasos y todas las piedras preciosas que pudo hallar en el Tesoro.

El Imperio había hecho del régimen municipal la llave del sistema administrativo y fiscal romano. Desde mediados del siglo II, las ciudades no pueden hacer frente

a sus obligaciones fiscales. Las curias municipales, encargadas de la recaudación de los impuestos del Estado, respondían de éstos con las fortunas personales de sus miembros. Cuando empiezan las dificultades, se agrava el peligro para los decuriones, que empiezan a desertar, las curias se vacían y comienza la decadencia de las ciudades, sobre todo en Occidente.

En Oriente, las ciudades griegas de la península están arruinadas y deshabitadas, como dice Pausanias. También las de Asia Menor habían padecido mucho, pero tenían más recursos para resurgir y, en tiempo de Luciano, Siria es el centro comercial más importante del Imperio y es el griego la lengua en que escriben la mayoría de los escritores de entonces.

En esta sociedad, cada vez más debilitada económicamente, surge una especie de cansancio, manifestado en la crisis de pensamiento, de valores y de fe religiosa. Quizá sea en la religión donde podamos comprender mejor el desorden del pensamiento griego.

Por una parte, existe una masa de creyentes de la vieja religión. Los pertenecientes a las clases bajas convierten sus creencias en magia y superstición. Por otra parte, existe una clase «ilustrada» que, no pudiendo encontrar ningún fundamento en la antigua religión, cae en un ateísmo materialista (éste sería el caso de Luciano) y se burla despiadadamente de los hechiceros, de las artes y medios mágicos, bebedizos, conjuros, amuletos, de los materiales empleados por los brujos: animales, plantas e incluso partes del cuerpo humano.

Además, la tradición platónica, y sobre todo la estoica, había elaborado la idea de una providencia divina, que

no podía ser comprendida por la razón, pero que nos dicta de una manera inexorable unas líneas de conducta. Así, Epicteto o Marco Aurelio.

También se produce una resurrección del neopitagorismo, con nuevos personajes de carácter divino, *theoi andres*, como Apolonio de Tiana y su discípulo Alejandro de Abonutico. Y aquí se produce otra vez una mezcla de magia y fe; estos hombres divinos son filósofos que predicán un concepto superior de Dios, una moral justa, pero al mismo tiempo curan enfermos, hacen milagros y hasta resucitan muertos, lo que desata las iras de esta clase ilustrada a la que pertenece Luciano.

Por último, no podemos olvidar que en el siglo II el cristianismo está presente en la vida romana. Éste tendrá que echar mano de la filosofía pagana para exponer o defender sus argumentos. Es el siglo de los primeros apologistas, que al mismo tiempo que rechazan las acusaciones atacan las religiones oficiales, pero tampoco ellos se librarán de la confusión de ideas del siglo. El samaritano Justino, platónico convertido, pide a Marco Aurelio licencia para publicar su libro, bastante moderado en su doctrina, y debe al odio de su filósofo rival el tener que sufrir martirio. El cartaginés Tertuliano, el mejor de los apologistas, acabará cayendo en la herejía desarrollando una propaganda ascética hostil a todos los compromisos terrenos y aun al matrimonio. Creará en África una secta aparte, que se mantuvo con dificultades durante unos siglos.

Al lado de este caos religioso aparece también un falseamiento político. El *Panegírico* de Plinio el Joven al emperador Trajano es el mejor ejemplo. El autor ensal-

za la figura del emperador como modelo de las antiguas instituciones romanas, pero las virtudes republicanas ya se han perdido irremisiblemente. Plinio cree honradamente en el Imperio, en el *princeps*, del cual es ejemplo la figura de Trajano, pero alude a «la tradición», a «los mayores», lo que demuestra que éstos ya están muertos. La mentira política, como dice Tovar, va a desvanecerse en seguida y la dura verdad del Imperio puro y militar se impondrá muy pronto durante los acontecimientos del siglo III.

Vida y carácter

Los datos que tenemos de la vida de Luciano están casi todos tomados de sus propias obras: sus contemporáneos apenas hablan de él. Filóstrato no lo cita en las *Vidas de los Sofistas*, tal vez como castigo por haber despreciado la retórica, y el léxico de *Suda* le dedica muy pocas líneas, que parecen más bien reconstrucciones posteriores.

Abundan, en cambio, los informes que nos ha dejado en su obra, en la que aparece con dos nombres distintos, Luciano y Licino, que deben de ser seudónimos, ya que él era semita de origen, y por tanto también su nombre. Ello no impide que se sienta orgulloso de saberse más o menos helénico, por haber nacido en la órbita del Imperio Romano, en Samósata¹ (Siria), en la parte que entró a formar parte de él a partir del 65 a. C.

Aunque se desconoce la fecha de su nacimiento, se calcula con relativa seguridad que sea el año 120 d. C., pues

en su obra² escrita hacia el año 165 dice que tiene cuarenta años.

Acerca de su niñez y de las razones que le impulsaron a dedicarse al cultivo de la retórica nos encontramos con datos en *El sueño*, obra de juventud, en la que nos cuenta que cuando tenía unos catorce años (al salir de la escuela) su padre decidió enviarlo al taller de su tío, para que aprendiera el arte de escultor: su familia era de posición modesta y necesitaba tener pronto un medio de vida. El consejo de familia toma esta decisión, puesto que las letras exigen mucho esfuerzo, tiempo y gasto, habida cuenta del talento del muchacho para modelar figuras de cera³.

No obstante, la ruptura accidental, por parte del muchacho, de una tableta de material, y el consiguiente castigo por su tío, devuelven al joven a su casa. Allí tiene un sueño, en el que se lo disputan la Escultura y la Retórica, que hacen, respectivamente, la apología de su arte. Vence la Retórica, que le promete fama, riqueza e inmortalidad, y Luciano se decide por ella.

Esta creencia en los sueños es general en la época de Luciano, por lo que es difícil decidir lo que tenga de sincero o de puramente alegórico en su caso, aunque en Luciano parece responder al *topos coinós* ('lugar común') en la literatura clásica, con la visión de dos mujeres, cada una sosteniendo un punto de vista diferente.

Está, de todos modos, fuera de duda la afición de Luciano, quien, después de aprender la lengua griega⁴, es enviado por su familia a estudiar a Jonia, tal vez Éfeso o Esmirna, donde aprende con mucho interés literatura griega, según él mismo afirma, con maestros que no co-

nocemos, tal vez Polemón, aunque no hay datos seguros. La *Suda* habla de un intento fallido de dedicarse a la abogacía en Antioquía, a los veintiocho años. Allí pudo tener un primer contacto con los cristianos. Su fracaso como abogado le impulsó a abandonar la profesión y a viajar como conferenciante, siguiendo la costumbre de la época.

Luciano estuvo varias veces en Atenas, donde pudo asistir a las lecciones de los retóricos de moda y tratar a Demonacte. Según propia afirmación (*Muerte de Peregrino*, 37), estuvo cuatro veces en Olimpia y pudo asistir al suicidio de Peregrino, al que había conocido en el transcurso de un viaje de Asia Menor a Grecia. Estuvo también varias veces en Macedonia, en Corinto, en Acaya, anduvo por Asia Menor (*Alejandro*) y alude a estancias en Egipto. Conoce el valle del Po y Roma (*Nigrino*), donde acudió para tratarse de una afección de la vista y conoció al filósofo Nigrino, que le causó una gran impresión. Llegó incluso a la Galia (*Dos veces acusado*, 27; *El sueño*, *Hércules*, *Apología*), donde, al parecer, ganó mucho dinero con sus conferencias.

En torno a los cuarenta años (160 d. C.) se produjo en Luciano un cambio espiritual: su llamada conversión a la filosofía, desengañado de la vaciedad de la retórica (*Hermótimo*, 24), aunque esta «conversión», si es que la hubo, no fue duradera, como lo demuestra su evolución posterior, ya que, preocupado de ganar dinero, no dejó nunca de ser un sofista a lo largo de toda su vida. Sin embargo, la lectura del *Dos veces acusado* y de *El Pescador* refleja la crisis espiritual de Luciano y su descontento por la vaciedad de la retórica de su época. Luciano descubre la dialéctica y se inclina a la Academia o el Liceo

«para pasearme en compañía del excelente Diálogo, conversando en calma con él sin sentir la necesidad de ser alabado ni aplaudido».

En sus obras *El Pescador* y *Contra un ignorante* Luciano se revela como un hombre que busca la autenticidad, la correspondencia entre las teorías, las convicciones e ideales y los modos de vida y conducta.

La filosofía en tiempo de Luciano se había convertido en un sustituto de la religión y por desgracia no siempre lo que predicaba se veía correspondido con los modos de conducta. *El Pescador* lo compuso para justificar los ataques que había dirigido en *Subasta de vidas* a todas las escuelas filosóficas.

En *Contra un ignorante* se sitúa en la misma línea de los filósofos contra la erudición libresca. Luciano defiende la idea de que los libros no confieren la *paideia*, sino que ésta tiene que haberse recibido antes para sacar algún provecho de su lectura.

Su sinceridad y el deseo de desenmascarar a los impositores de su época le pusieron en aprietos en Olimpia, cuando el suicidio de Peregrino (donde tuvo que enfrentarse con una multitud de cínicos enfurecidos), y en Abonutico, cuando se las vio con el pseudoprofeta Alejandro.

Al final de su vida, según menciona en *El eunuco*, tomó esposa y tuvo un hijo. Aceptó un cargo público como secretario en la cancillería del gobernador de Egipto. Para justificarse, escribe la *Apología*, donde expone las razones que le inducen a abandonar cuanto tenía valor en la vida: su independencia personal, los viajes, los aplausos, las ganancias fáciles y los éxitos de un sofista.

Carecemos de noticias de sus últimos años. La *Suda* habla de que murió despedazado por perros, leyenda sin duda forjada por sus enemigos.

La obra de Luciano

Luciano es un escritor prolífico. Sus obras se publicaron por separado. En la Antigüedad, un editor desconocido preparó una edición de éstas, antecedente de los manuscritos medievales. El más antiguo es de 913 d. C., y algunos otros pertenecen al siglo X. De esta época son los manuscritos más abundantes de Luciano, que contienen un corpus de 83 obras, algunas de ellas espurias.

Suelen considerarse auténticas las obras siguientes: *El desheredado*, *Contra un ignorante bibliómano*, *Alejandro o el falso profeta*, *Anacarsis o la gimnasia*, *Apología de los que están a sueldo*, *Dos veces acusado o los tribunales*, *Que no debe darse fácilmente crédito a la maledicencia*, *La travesía o el tirano*, *Caridemo o de la belleza*, *Caronte o los contempladores*, *El banquete o los Lapitas*, *Vida de Demonacte*, *La Asamblea de los dioses*, *Diálogos de los dioses*, *Diálogos marinos*, *Diálogos de las cortesanas*, *Diálogos de los muertos*, *Prefacio o Baco*, *De las dipsadas*, *Altercado con Hesíodo*, *De una casa*, *Del ámbar o de los cisnes*, *El eunuco*, *Los fugitivos*, *El sueño o el gallo*, *Hermónides*, *Prefacio o Heracles*, *Hermótimo o sobre las escuelas filosóficas*, *Heródoto o Aetión*, *Hipias o el baño*, *Cómo debe escribirse la historia*, *Icaromenipo o el que está por encima de las nubes*, *Los retratos*, *En pro de los retratos*, *Juicio de las vocales*, *Sobre una falta cometida al saludar*, *Lexifanes*,

Del luto, Sobre los que están a sueldo, Elogio de la mosca, El navío o los deseos, Menipo o la necromancia, Nerón, Nigrino, Elogio de la patria, Sobre la muerte de Peregrino, Fálaris, El mentiroso o el incrédulo, El Pescador o los resucitados, Prometeo o el Cáucaso, A uno que le dijo: eres un Prometeo en tus discursos, El falso razonador o sobre el día nefasto, El Pseudosofista o el que incurre en solecismos, El maestro de retórica, Sobre los sacrificios, Las Saturnales, Cronosolón, Epístolas saturnales, El Escita o el Próxeno, El sueño o la vida de Luciano, Timón o el misántropo, Tóxaris o la amistad, El Tiranicida, Historias verdaderas, Subasta de vidas, Zeus confundido, Zeus trágico, Zeuxis o Antíoco.

Entre las obras consideradas no lucianenses están las siguientes: *Los amores, Lucio o el asno, Sobre la astrología, El cínico, Encomio de Demóstenes, Epigramas, La gaviota, Los longevos, Ocipus, Del parásito o de que el parasitismo es un arte, De la danza, Sobre la diosa siria, Tragodopodagra.*

Los *Diálogos de los muertos* es la obra más conocida de Luciano y ocupa el segundo lugar entre el gran público después de *Historias verdaderas*.

Con Luciano, la retórica alcanza su mayoría de edad. Puede incluso fijarse una fecha, el 160 d. C., correspondiente a la época crítica de su desarrollo intelectual. De los tres niveles de retórica que se dan en el siglo II, Luciano representa el de «creación retórica» frente a la retórica pura y la retórica aplicada. Para Bompaire⁵ es un método de apropiación inmediata de datos librescos, a base de imitación y creación, que resumen los procedimientos de Luciano.

No es un periodista que se ocupa de asuntos de actualidad, sino un artista literario que actúa en una tradición muy antigua: «Vive en el siglo II de nuestra era con el espíritu de un contemporáneo de Menandro, con quinientos años de retraso».

Luciano se apodera del diálogo no como forma literaria de destino filosófico (pocos diálogos suyos son filosóficos de forma), sino como procedimiento artístico, unido por un lazo evidente con lo cómico, para dar cauce a su capacidad dramática. Muchos diálogos lucianescos son satíricos al mismo tiempo que cómicos; la sátira es su modo de comedia, a diferencia de otros más finos, como los *Diálogos marinos*, por ejemplo. Los diálogos también pueden ser retóricos (*Dos veces acusado*) o presentarse como sátiras en forma narrativa (*Historias verdaderas*).

Las creaciones más importantes de este autor son el diálogo y la comedia, con un vínculo común, por cuanto el diálogo ofrece a Luciano posibilidades dramáticas a veces cómicas, y con la mayor frecuencia satíricas.

Hablar de creación de caracteres es exagerar las cosas: Luciano sólo crea tipos, caricaturas.

Su comedia es con frecuencia fina y delicada (*Diálogos de los dioses*) y adopta tres maneras:

1.^a Diálogos «traspuestos» de la Comedia Nueva y de la poesía alejandrina, sobre todo; se trata de los *Diálogos de las cortesanas*, *marinos*, *de los dioses*, en los que el artista muestra mejor su delicadeza de dramaturgo.

2.^a Diálogos «platónicos», en los que se tratan temas filosóficos: *Hermótimo*, *Anacarsis*, *Parásito*, *Tóxaris*, *El navío*, *El mentiroso*, etc.

3.^a Los que se pueden llamar lucianescos, de la serie menipea, descendientes de la Comedia Antigua y de la tradición cínica, que se considera representan lo mejor y más característico del autor, donde se encuentran las caricaturas más vigorosas y más divertidas y las situaciones más chocantes, son: *Icaromenipo*, *Diálogos de los muertos*, *El banquete*, *Dos veces acusado*, *El gallo*, *Timón*, etc.

Es el humor el que reclama la forma del diálogo y también el que inspira la parodia, el pastiche, la fantasía, que son el terreno en el que se mueve habitualmente Luciano como maestro.

En cuanto al elemento cómico, la parodia es el modo que tiene Luciano de tomar posesión de su herencia literaria. No se trata sólo de parodias abiertas de obras de historia (*Cómo debe escribirse la historia*) o de pseudohistoria (*Historias verdaderas*) de diálogos socráticos (*Pseudosofista*), de temas conocidos (*Muerte de Peregrino*, *Alejandro*) o de pastiches de un estilo o un lenguaje determinado, pues la parodia está hecha a partes iguales de imitación y comedia.

Imitación y parodia constituyen en conjunto su manera de ser escritor, los principios inspiradores de toda su obra⁶.

Respecto a su lengua, Luciano utiliza la lengua hablada en su época, cuya tendencia es la imitación de los grandes autores de la época clásica, dentro del movimiento iniciado en el siglo I, que se llama *aticismo*. Se trata de imitar a escritores como Platón, pero se cometen desviaciones de la norma que no se han explicado satisfactoriamente.

En su estilo, Luciano tiene su propio sello. Utiliza muchas citas clásicas, unas de adorno, literarias, innecesarias, tal vez tomadas de antologías; otras veces, las citas tienen una finalidad práctica, para dar autoridad a lo que se afirma.

Otro elemento característico del estilo de Luciano es el uso abundante de proverbios –también procedentes de colecciones antológicas–, de origen retórico-escolar, ya que los autores contemporáneos usan las mismas citas.

Tampoco puede negarse el origen libresco del uso de símiles y metáforas por Luciano.

Tiene un vocabulario muy rico, sigue un ritmo muy vivo, con uso de anécdotas y fábulas, y, en resumen, como todos los grandes autores del aticismo, usa una lengua artificial, imitando a los grandes escritores, combinando fórmulas escolares y otras de buen gusto, que le convierten en uno de los autores griegos más agradables de todas las épocas.

Ideas

La influencia del cinismo destaca entre las recibidas por Luciano. Es muy importante en su evolución el influjo de Menipo de Gádara, un cínico de la primera mitad del siglo III a. C., autor de lo que llamó Quintiliano sátira menipea, desgraciadamente perdida. Se han encontrado motivos menipeos en un grupo de diálogos muy relacionados entre sí, caracterizados por su actitud negativa

frente a la religión popular, el desprecio de los afanes humanos y la crítica social. Se trata de los *Diálogos de los muertos*, *Icaromenipo*, *Caronte* y otros.

Autores como Caster⁷ han visto en Luciano simpatías hacia el epicureísmo, al tiempo que destaca su despreocupación por los problemas teóricos, rasgo común en buena parte de la literatura del siglo II y en general de todo el helenismo tardío, cuando no se advierte ningún interés por la especulación, como ya han señalado los historiadores interesados en esta época.

Otros autores, como Baldwin⁸, han dado una interpretación marxista de Luciano, a partir de observaciones convencionalmente cínicas en obras como *Diálogos de los muertos*, *La travesía* y otras, que lo inducen a hacer un elogio «socialista» del autor.

En otras obras, como el propio *Menipo*, se advierte una fuerte influencia escéptica, del mismo modo que aprecia el hedonismo de Aristipo y tiene un concepto peyorativo de Sócrates (*Historias verdaderas*, II, 18, y *Diálogos de los muertos*, XX, 4).

En resumen, puede advertirse una evolución de Luciano, desde la primera época, en que parece sentir cierta preocupación por los acontecimientos de su época, con una aparente «conversión» a la filosofía, que debió de durar poco tiempo y refleja un profundo escepticismo. Ya en su etapa madura, desengañado de la filosofía y también de su propia época, se dedica a la sátira y a la crítica contra las costumbres y la propia filosofía. El rasgo más característico de esta época es su aspecto negativo, su orientación destructiva de todo lo que huele a falso, a falta de coherencia.

Luciano y la posteridad

Luciano no fue mencionado por sus contemporáneos y aparentemente fue desconocido por las generaciones inmediatas. El primer dato conocido por cita directa sería el de Alcifrón en sus *Cartas de heteras*. La relación con su contemporáneo Apuleyo no está demasiado clara, ni la de ambos con un tal Lucio de Patras, de quien habría tomado el tema de *El asno de oro*.

En Bizancio tenemos ya referencias fidedignas; despierta gran entusiasmo en Focio, Tzetzes y Magister; se le estudia por su claridad de estilo, su expresión retórica y técnica satírica. Se hacen versiones parciales y se le imita (Pródromos y Katrarios).

Procedentes de Bizancio, sus obras pasan a Italia. Desde el siglo XIV se le conoce por traducciones latinas, escritas por sabios griegos que pasaban a Italia. Aquí aparecen en 1420 manuscritos con sus obras completas. Se leen sobre todo sus obras retóricas (*Elogio de la mosca*), o sus obras moralizantes, como *Caronte* y varios diálogos de los muertos. Rinuccio Aretino traduce la *Subasta de vidas*. No se le implica en cuestiones religiosas ni sociales contemporáneas, sino que se le considera el crítico de una religión y de una sociedad paganas desacreditadas. Hay imitaciones de los *Diálogos de los muertos y de los dioses* (Vegio y Alberti: *Intercoenales*, *Virtus dea*, etc.).

A lo largo del siglo XV se extiende el interés por el aprendizaje de la lengua griega y Luciano pasa a ser estudiado por una nueva generación de humanistas en el norte de Europa. Su obra se hace pronto muy popular entre los lectores renacentistas, que aprecian sus cualida-

des de penetrante agudeza y amarga ironía, así como su destreza retórica y variedad de temas.

La primera edición completa del texto griego de Luciano aparece en 1496, hecha por Janus Láscaris, griego al servicio del rey de Francia, destinado en la librería real de Fontainebleau, amigo y corresponsal de Guillermo Budé y de Erasmo. Muy pronto aparecerán las primeras traducciones. En 1500 ya se conocen traducciones latinas que circulan en medios cada vez más difundidos de lectores y simultáneamente aparecen traducciones a las principales lenguas vernáculas europeas. En 1495, el humanista Reuchlin realiza la versión alemana de los *Diálogos de los muertos* (que no se editará hasta 1536).

Ya en el siglo XVI las ediciones y traducciones se multiplican. Luciano es conocido desde Londres hasta Cracovia. En España, Juan de Jarava es el primer traductor, con el *Icaromenipo* (1544).

El mejor conocedor europeo de Luciano, autor él mismo de varias traducciones suyas, es Erasmo, ayudado en sus traducciones por Tomás Moro.

Erasmo lo cita por primera vez en 1499 en una carta a lord Montjoy (*Historias verdaderas*). A partir de entonces, en sus obras hay constantes alusiones, fundamentalmente en los *Adagios*. Creía que Luciano era un autor apropiado para el aprendizaje del griego y lo incluyó en el canon de autores clásicos. Lo veía como un excelente modelo de estilo, en el que se combinaban la invención, claridad de lengua y valores para el entretenimiento. Pero, además, dejando a un lado su parte frívola, Erasmo vio en Luciano valores éticos de indudable interés.

Los vicios que Luciano fustiga en sus sátiras, y los caracteres que los personifican, eran para Erasmo todo lo que él detestaba en su propio tiempo. Asociaba la decadencia de la Iglesia con la charlatanería y las pretensiones doctas de los intelectuales, que eran, como Luciano apuntaba, supersticiosos, hipócritas, soberbios y violentos. Explica los paralelos de carácter de su época con la de Luciano, compara a los teólogos y clérigos con los filósofos lucianescos. En alguno de sus prólogos dice que no sólo podía provocar una risa civilizada, sino también sugerir juicios morales; en su opinión, no hay ningún diálogo más provechoso y agradable que el *Timón*, «florecilla del jardín de las Musas».

Durante dos o tres décadas toda la obra mayor de Luciano estuvo en las manos de amigos de Erasmo, la mayor parte de ellos inclinados a la Reforma religiosa, con mayúscula o sin ella. Todos ellos promovían la conveniencia de utilizar a Luciano como texto en la enseñanza del griego, y al mismo tiempo convertían estos textos en bases para la polémica que envolvía a la jerarquía tradicional académica y teológica.

Pero este uso polémico fue en parte responsable del endurecimiento de la opinión conservadora (tanto católica como protestante) hacia Luciano y, por lo tanto, hacia Erasmo. Considerando al primero como símbolo de falta de respeto a los valores metafísicos de todo tipo y contrario a cualquier religión revelada, en 1549 se incluye a Luciano entre los autores de libros prohibidos. En 1559, el papa Pablo IV incluye en el Índice *Elogio de la patria y Muerte de Peregrino*. Y Lutero dirá: «En mi lecho de muerte prohibiré a mi hijo que lea los *Coloquios*

de Erasmo. Es peor que Luciano y se burla de todo bajo el pretexto de santidad».

El diálogo no es una novedad en el siglo XVI. Ya existía una abundante literatura medieval de debate. Pero en una época de violenta controversia se necesitaba una nueva forma de diálogo, con la que pudieran dramatizarse los nuevos conflictos de valores. Ésta fue la base del atractivo de los diálogos satíricos de Luciano como forma. Erasmo fue el gran popularizador del género. En los años que siguieron a la ruptura con Roma, los diálogos satíricos fueron importantes en Alemania como medio de propaganda de la Reforma.

La influencia sustancial de Luciano en esta área fue con mucho el resultado de los diálogos de Ulrich von Hutten. Hay en ellos alusiones a *Hermótimo*, *Menipo*, *La travesía*, *Diálogos de los muertos*, *Fálaris*, *Icaromenipo*. Esta nueva forma tuvo una circulación limitada en Alemania, pero es curioso cómo una obra esencialmente frívola y negativa contribuyó a forjar un arma importante en uno de los más serios choques de valores que Europa haya conocido nunca.

En Francia, el principal ejemplo de diálogo satírico de Luciano es *Cymbalum mundi*, de Bonaventure des Périers. Está tomado de los *Diálogos de los dioses*, *de los muertos*, *Timón* y otros. Tanto los diálogos de Hutten como los de Périers están escritos bajo la influencia del desarrollo de la Reforma y a la sombra de los *Coloquios* de Erasmo.

En España, una de las obras más notables y con mayor influencia de Luciano en este siglo es el *Crotalón* (1552), de autor anónimo, atribuido a Cristóbal de Villalón. Real-